

Daniel Defoe
Robinson Crusoe

Ilustraciones de Tullio Pericoli

Traducción de Carmen M. Cáceres y Andrés Barba



Robinson Crusoe es la obra cumbre de Daniel Defoe, y una de la más reconocidas novelas de aventuras de la literatura universal. Inspirándose en parte en las vivencias del escocés Alexander Selkirk y el español Pedro Serrano, Defoe nos regala al más famoso náufrago de la literatura, padre, cuando no tatarabuelo, de toda una estirpe. La novela de Defoe, publicada originalmente en 1719, alcanzó el éxito inmediato gracias a la historia del naufragio y al exotismo que despertó en su momento, pero bajo el trasfondo de la inquietud que está en el hombre de explorar sus límites, y la fantasía de la utopía de vivir en completa libertad, ha conseguido perdurar hasta nuestros días y erigirse como una de las novelas de aventuras más fascinantes. La lucha de un hombre arrojado a una soledad sin respuestas, a un entorno hostil que debe domeñar mediante la técnica y la fuerza de su voluntad para hacer «habitabile» y «cómodo» un paraje en principio inhóspito, ha sido vista también como metáfora de la mente occidental y burguesa, del mundo de la técnica. ¿Qué nos hace humanos? ¿La naturaleza de la que provenimos o la técnica con la que intentamos controlarla en nuestro beneficio? Esta edición se acompaña de los delicados y vívidos dibujos de uno de los ilustradores italianos más reconocidos, Tullio Pericoli. Con sus elegantes y sutiles acuarelas, centradas en el náufrago y la isla, consigue una armoniosa relación entre el paisaje y el hombre, y pone de relieve la importancia del espacio, añadiéndole protagonismo a la naturaleza y haciendo de la isla el personaje principal de la novela.

PREFACIO^[1]

El editor considera que si existe en el mundo el relato de unas aventuras privadas que merezca hacerse público, éste es sin duda el caso del presente libro.

Los asombrosos sucesos de la vida de este hombre exceden cuanto pueda haberse leído hasta la fecha (ésta es nuestra opinión al menos) pues difícilmente la vida de un solo hombre es capaz de mostrar una riqueza semejante.

El relato está escrito con modestia y seriedad, aplicando preceptos religiosos a todos aquellos aspectos en los que los hombres sabios han sabido aplicarlos, es decir, en la enseñanza a través del ejemplo y para justificar y honrar la sabiduría de la Providencia en todas las circunstancias de la vida, sean cuales sean.

El editor considera este relato como la pura descripción de los hechos reales, sin el menor rastro de ficción, pero, aunque la hubiera —porque en definitiva estas cosas pueden discutirse—, la diversión, las enseñanzas y los beneficios que recibirá el lector harán que esa cuestión quede completamente al margen. Por ese motivo, y sin más explicaciones, considera que brinda un gran servicio al mundo con su publicación.

SALGO AL MAR

Nací en el año de 1632 en la ciudad de York, en una buena familia aunque no originaria del país, pues mi padre era un extranjero de Bremen que se había instalado en Hull. Allí alcanzó una buena posición como comerciante, pero abandonó sus negocios y se mudó a York donde se casó con mi madre, que pertenecía a la familia Robinson. Como era un apellido importante en la región, me llamaron Robinson Kreutznaer, pero debido a la habitual modificación en la pronunciación que se hacía en Inglaterra nos acabaron llamando «Crusoe», apellido que nosotros mismos terminamos adoptando y escribiendo y con el que me han conocido siempre mis camaradas.

Yo era el menor de tres hermanos. El mayor fue un teniente coronel de un regimiento inglés de infantería en Flandes, antes dirigido por el famoso coronel Lockhart, y que murió en la batalla a las afueras de Dunquerque contra los españoles. Jamás supe qué fue de mi otro hermano, igual que mi padre y mi madre jamás supieron qué fue de mí.

Como era el menor y no había aprendido ningún oficio, desde muy pronto mi cabeza comenzó a llenarse de pensamientos dispersos. Mi padre, que era muy mayor, me había dado una buena educación, la mejor que podía obtenerse en casa y en las escuelas públicas rurales, y había preparado todo para que estudiara leyes, pero lo único que yo ansiaba era salir al mar y esa voluntad me llevó a enfrentarme con tanta fuerza al deseo, mejor dicho a las órdenes de mi

padre, y a todas las sugerencias y súplicas de mi madre y del resto de mis amigos, que se podría decir que ya entonces había algo fatal en aquella inclinación natural mía que me empujaba directamente a la vida llena de miserias que acabaría sufriendo.

Mi padre, un hombre sabio y formal, me dio excelentes consejos para disuadirme de aquel proyecto que intuía en mí. Una mañana me llamó a su habitación, donde vivía confinado por la enfermedad de la gota, y discutió amablemente conmigo el asunto. Me preguntó qué razones tenía, además de mi inclinación al vagabundeo, para dejar mi casa paterna y mi país natal, donde podía tener acceso a los mejores contactos y donde, con dedicación y esfuerzo, podría hacer una fortuna y llevar una vida cómoda y placentera. Me dijo que quienes viajaban al extranjero en busca de aventuras o bien eran hombres desesperados o extremadamente ambiciosos, que perseguían hacer fortuna por cuenta propia o conseguir la fama en proyectos poco ortodoxos, y que ambas cosas estaban o muy por encima o muy por debajo de mis posibilidades, pues a mí me correspondía un nivel intermedio que podría llamarse «el nivel más alto de la vida inferior» y que, en su experiencia, ése era el mejor estrato social, el más adecuado para la felicidad del hombre, ya que no se estaba expuesto a la miseria, a las dificultades, al trabajo ni al sufrimiento de la clase social más mecanizada, ni se vivía avergonzado por el orgullo, el lujo, la ambición ni la envidia de la clase más alta. Me dijo que podía juzgar la felicidad de ese nivel intermedio por una única evidencia: era la posición social que envidiaban todas las personas. Me dijo que hasta los mismos reyes habían lamentado habitualmente las terribles consecuencias de haber nacido bajo la carga de tener que llevar a cabo grandes empresas y habían deseado vivir en ese punto intermedio, entre lo sencillo y lo grandioso, y que como hombre sabio me daba su palabra de que era el nivel de vida más ade-

cuado para encontrar la verdadera felicidad, que él mismo rezaba para no ser jamás ni rico ni pobre.

Me pidió que pensara en ello y añadió que no tenía duda de que yo mismo descubriría que las desgracias eran idénticas para los de arriba y los de abajo, pero que los del medio, a diferencia de los otros, sufrían menos desastres y no estaban tan expuestos a las vicisitudes como los ricos o los pobres. Es más, eran menos vulnerables a los males y a las dificultades del cuerpo y de la mente que aquellos que, debido a los vicios, a los lujos y a las extravagancias por un lado o al trabajo duro, a la necesidad y a la pésima o insuficiente alimentación por el otro, sufrían enfermedades derivadas de sus estilos de vida. Me dijo que aquel nivel social intermedio había sido creado para promover todo tipo de virtudes y alegrías, que la paz y la plenitud estaban a su servicio, que la sobriedad, la prudencia, la tranquilidad, la salud y la sociedad entera con todas sus tolerables diversiones eran bendiciones pensadas para quienes llevaban un nivel de vida intermedio, que de esta forma los hombres pasaban por el mundo en silencio, sin sobresaltos, y se marchaban tranquilamente sin avergonzarse jamás del trabajo de sus manos o de su mente, sin haberse entregado a una vida de esclavitud a cambio del pan de cada día, ni vivían acosados por unas circunstancias que les robaban la paz espiritual y el descanso físico, pero tampoco enfurecidos por una violenta envidia ni abrasados por la codicia de los grandes anhelos, sino deslizándose por el mundo en medio de unas circunstancias favorables y probando con sensatez las dulzuras de la vida en vez de sus amarguras, sintiéndose felices y aprendiendo a ser conscientes cada día de esa felicidad.

Después de decirme aquello me urgió, con seriedad y de la manera más afectuosa, a que no hiciera el papel del joven ansioso y me lanzara a mí mismo a vivir miserias de las que estaba protegido por naturaleza, gracias a la clase social en la que había nacido, que no tenía la necesidad de

procurarme el pan, que él me guiaría y se esforzaría por hacerme un justo lugar en aquel estrato social que tanto me recomendaba. Si no me sentía cómodo y feliz en aquel mundo, era por culpa de mi destino o de mis propios errores y en ese caso él no se hacía responsable, ya que aquellos consejos en los que me advertía que no tomara decisiones que sin duda me harían daño lo liberaban de sus obligaciones. En resumen, que me ayudaría si me quedaba, pero que no se haría responsable de mis desgracias alentándome a que me fuera. Para concluir, me dijo que tomara como ejemplo a mi hermano mayor, a quien también había dado los mismos sinceros consejos con el fin de que se mantuviera al margen de la guerra en los Países Bajos, pero al que no había logrado persuadir, pues sus deseos de juventud lo empujaban al ejército, y que finalmente había acabado muriendo. Dijo que jamás dejaría de rezar por mí, pero me dejaba claro que si no desistía de aquel camino tan absurdo, me marcharía sin la bendición de Dios y que cuando no tuviera a nadie tendría tiempo de sobra para reflexionar por qué había rechazado su consejo.

Noté que al terminar aquel discurso realmente profético (aunque supongo que mi padre no se daba cuenta entonces) las lágrimas le mojaban las mejillas, sobre todo al mencionar la muerte de mi hermano. Cuando señaló que me sobraría tiempo para reflexionar porque no tendría a nadie que me ayudara, estaba tan conmovido que se vio obligado a detenerse: me dijo que no podía continuar porque el corazón le oprimía el pecho.

Aquel discurso realmente me afectó —¿a quién no le habría afectado?— y decidí abandonar la idea de marcharme al extranjero, me quedaría en casa como deseaba mi padre, pero por desgracia a los pocos días me olvidé de todo y, en resumen, para evitar que mi padre me siguiera importunando decidí escapar de su casa unas semanas más tarde. De todas formas, debo aclarar que no actué tan apresuradamente como había deseado en mi primer impul-

so, sino que me llevé aparte a mi madre, en un momento en el que me pareció que estaba más relajada que de costumbre, y le expliqué que mi voluntad era ver el mundo, que jamás podría renunciar a aquel deseo, que lo mejor era que mi padre me diera su consentimiento porque de lo contrario me obligaría a marcharme sin él, que tenía dieciocho años, que ya era demasiado tarde para comenzar como aprendiz en un comercio o como secretario de un abogado y que estaba seguro de que si lo hacía en poco tiempo terminaría huyendo para salir al mar. Le pedí que hablara con mi padre para convencerlo de que me permitiera hacer un viaje al extranjero, y si regresaba a casa porque no me había gustado la experiencia, entonces sí que ya no tendría la fantasía de salir y le prometía que me esforzaría el doble para recuperar el tiempo perdido.

Aquello enfureció muchísimo a mi madre. Me dijo que sabía que no tenía ningún sentido proponerle eso a mi padre porque él sabía demasiado bien cuál era mi objetivo como para dar su consentimiento a algo que terminaría haciéndome daño y que ella misma se preguntaba cómo podía pensar algo así después de un discurso como el que me había dado mi padre, después de aquellas palabras tan amables y tiernas que me había dirigido. En definitiva, si yo tenía intención de arruinarme la vida ellos no podían evitarlo, pero debía saber que jamás me darían su consentimiento; por su parte ella no haría nada en pos de mi destrucción para que nunca se pudiera decir que ella estaba de acuerdo con algo a lo que mi padre se había opuesto.

Aunque mi madre se negó a hablar con mi padre, más tarde me enteré de que le contó toda su discusión conmigo y que mi padre, tras mostrarse muy preocupado, le dijo dando un suspiro:

—Ese muchacho sería feliz aquí si se quedara, pero si se marcha al extranjero será el mayor desgraciado de la tierra. No puedo darle mi consentimiento.

Me fugué de casa un año más tarde y durante todo ese tiempo me mantuve obstinadamente sordo a las propuestas que me hicieron para que aprendiera algún oficio, discutiendo con mi madre y mi padre sobre su rígida oposición a lo que sabían que me pedía mi naturaleza. Un día que estaba en Hull, adonde había ido por casualidad y sin ningún propósito de fugarme, me crucé con un amigo que iba a partir a Londres en barco junto a su padre y me insistió a que me uniera mencionando la mayor tentación para un marinero, es decir, añadiendo que me saldría gratis. No lo consulté con mis padres, ni siquiera les envié una nota, simplemente dejé que se enteraran por otros, como seguramente acabó ocurriendo. Me marché sin la bendición de Dios ni la de mi padre, sin considerar las circunstancias ni las consecuencias, embarcándome rumbo a Londres el funesto primer día del mes de septiembre de 1651. Creo que jamás las desgracias de un joven aventurero comenzaron tan temprano ni terminaron tan tarde como las mías. En cuanto el barco zarpó de Humber el viento comenzó a soplar y el mar se agitó con violencia. Como nunca antes había navegado, me sentía indescriptiblemente fatal a nivel físico y aterrado a nivel espiritual. Empecé a reconsiderar seriamente lo que estaba haciendo y con cuánta justicia estaba recibiendo el castigo divino por la pésima forma en la que había huido de la casa de mi padre y había abandonado mis obligaciones. Recordé los buenos consejos, las lágrimas de mi padre y los ruegos de mi madre, y mi conciencia, que aún no se había endurecido como lo haría a partir de ese día, me reprochaba el haberlos despreciado y el haber roto mi compromiso con Dios y con mi padre.

Todo esto mientras la tormenta crecía y el mar, sobre el que jamás había estado antes, se violentaba cada vez más, aunque nada comparado con lo que vería muchas veces más adelante, ni siquiera con lo que vi tan sólo unos días más tarde. Por entonces era más que suficiente para asustarme, ya que en ese momento era un marinero joven sin

experiencia. Creía que cada ola nos tragaría y que cada vez que el barco se hundía en lo que imaginaba el fondo del mar o la grieta entre los picos de las olas, ya no volveríamos a salir a flote. Durante aquella agonía hice varias promesas: si Dios me perdonaba la vida en aquel primer viaje y me permitía volver a pisar tierra firme iría directamente a la casa de mi padre y jamás volvería a subir a bordo de un barco en mi vida, seguiría los consejos de mi padre y no me metería en problemas nunca más. Ahora comprendía muy bien la generosidad de sus palabras sobre la clase media, sobre cuán cómoda y fácil había sido su vida sin exponerse a tempestades en el mar ni a problemas en la costa; regresaría a la casa de mi padre como un auténtico hijo pródigo.

Aquellos sensatos pensamientos me acompañaron mientras duró la tormenta e incluso un poco más, pero al día siguiente el viento amainó, el mar estaba sereno y yo me habitué un poco más al barco, aunque durante la mañana seguí un poco mareado. Por la tarde el tiempo mejoró, el viento desapareció por completo y por fin tuvimos un atardecer precioso. Vimos una puesta de sol completamente despejada y así fue el amanecer del día siguiente. Casi no había viento y el mar estaba liso bajo el resplandor del sol, sentí que aquel era el mayor espectáculo que había visto en toda mi vida.

Había descansado durante la noche y ya no me sentía mareado sino feliz, contemplaba maravillado aquel mar que el día anterior se había mostrado tan severo y violento y que en tan poco tiempo había cambiado y se había vuelto calmo y agradable. Entonces, como para evitar que cumpliera mis buenos propósitos, mi amigo se acercó hasta mí.

—Bueno, Bob —me dijo dándome una palmada en el hombro—, ¿cómo lo llevas? Anoche te vi un poco asustado cuando soplabla la brisa.

—¿A eso lo llamas tú «brisa»? ¡Pero si fue una tormenta espantosa!

—¿Una tormenta? —contestó—. No seas tonto... ¿Una tormenta? ¡Pero si no fue nada! Estando en un buen barco y en mar abierto, uno no se preocupa por una borrasca como la de ayer, lo que pasa es que todavía no eres más que un marinero de agua dulce. Ven conmigo, Bob, vamos a prepararnos un buen ponche para olvidar lo de ayer. Fíjate qué hermoso día hace hoy.

Para pasar cuanto antes por esta lamentable parte de mi relato, contaré que hicimos lo que han hecho siempre los marineros: preparamos el ponche, me emborraché y en la debilidad de aquella noche ahugué todos mi remordimientos, todas mis reflexiones sobre el pasado y mis proyectos de futuro. Por decirlo pronto: mientras la superficie del mar recuperaba su suavidad y se restablecía la calma, la ansiedad de mis pensamientos desaparecía y yo olvidaba el miedo a ser tragado por aquellas aguas. Regresaron con fuerza mis antiguos deseos y olvidé por completo las promesas y juramentos que había hecho cuando estaba angustiado. Aún tuve algunos intervalos de reflexión en los que la sensatez intentó ganarme por momentos, pero me la quité de encima como si se tratara de una enfermedad. Me dediqué a beber en compañía y así logré controlar el regreso de aquellos «ataques» (como me gustaba llamarlos). En cinco o seis días vencí totalmente a mi buena conciencia tal y como hubiera hecho cualquier joven que no quisiera ser molestado por ella, pero todavía iba a tener que pasar otra prueba y la Providencia, como suele hacer en estos casos, me dejó sin excusas. Había decidido no tomar lo anterior como una advertencia, pero lo que sucedió a continuación fue una rotunda demostración en la que hasta el peor y más duro de los nuestros admitió haber sentido el peligro y pedido clemencia.

El sexto día de viaje entramos en las radas de Yarmouth. A pesar del buen tiempo habíamos avanzado muy poco después de la tormenta, porque teníamos el viento en contra. Tuvimos que echar ancla en las radas y quedarnos

allí siete u ocho días porque seguíamos con el viento en contra, concretamente hacia el sudoeste. Durante esos días algunos barcos que venían de Newcastle tuvieron que hacer lo mismo, era una bahía en la que los barcos se detenían con frecuencia a esperar a que mejorara el viento para poder remontar el río.

Nosotros no estuvimos allí tantos días, pero el viento comenzó a soplar cada vez más fuerte, y al cuarto o quinto día se puso incluso peor. Considerando que aquellas radas eran tan buenas como cualquier puerto, que el anclaje estaba bien y que nuestras poleas eran muy resistentes, la tripulación no se preocupó, los hombres no se sentían en peligro y pasaban el tiempo descansando o entre risas como suelen hacer los marineros, pero la mañana del octavo día el viento se puso a soplar con más fuerza y tuvimos que acomodar el mástil y dejar todo listo y ajustado para que el barco resistiera lo mejor posible. A mediodía, el mar subió aún más, los camarotes de proa se sumergieron bajo las olas y en un par de ocasiones nos pareció que habíamos perdido completamente el ancla, por lo que el capitán ordenó que tiráramos la segunda para asegurar el barco por los dos extremos con los cables estirados al máximo.

A aquella altura la tormenta ya era terrible y comencé a sentir el asombro y el miedo en la cara de los demás marineros. El capitán estaba atento a las maniobras del barco, aunque cada vez que pasaba a mi lado para entrar o salir de su cabina lo oía decir por lo bajo, como para sí mismo: «Señor, ten piedad de nosotros ¡Estamos perdidos!», y otras cosas por el estilo.

En aquellas primeras tormentas me comporté como un estúpido; me quedaba encerrado en mi camarote, que estaba entre los puentes, y no podría describir mi estado de ánimo. A duras penas podía volver a sentir aquellos primeros remordimientos que aparentemente había superado tan rápido y contra los que me había revelado con tanta fuerza. Pensaba que había superado el temor a la muerte y que

aquella tormenta tampoco sería nada, como la anterior, pero cuando el propio capitán pasó a mi lado, como ya he dicho, rezando porque estábamos perdidos, volví a sentir un pánico aterrador, me puse en pie y salí del camarote. Jamás había visto un cielo tan funesto como aquél. Las olas se levantaban como montañas y caían sobre nosotros cada tres o cuatro minutos, todo lo que nos rodeaba era desolador. Dos de los barcos que habían anclado cerca del nuestro habían tenido que cortar sus mástiles a causa del sobrepeso y unos marineros de nuestro barco se pusieron a gritar que se había hundido un barco que estaba a menos de un kilómetro de distancia. Otros dos barcos que habían perdido el ancla se alejaban a la deriva, hacia mar abierto y sin mástil. Los barcos más livianos solían resistir mejor, pero vi dos o tres que pasaban alejándose a la deriva con las velas abiertas.

Por la tarde, el primer oficial y el contra maestre le suplicaron al capitán que les permitiera cortar el palo de trinquete, pero él se opuso. El contra maestre protestó diciendo que, si no lo hacían el barco se hundiría, y entonces el capitán aceptó, pero cuando lo cortaron, el mástil principal quedó suelto y comenzó a sacudir tanto el barco que se vieron obligados a cortarlo también, dejando la cubierta completamente despejada.

No es difícil imaginar el estado de ánimo en que me encontraba yo, un marinero recién estrenado que no mucho antes se había aterrorizado con una pequeña brisa, pero si se me permite relatar a distancia mis pensamientos de entonces, recuerdo que estaba diez veces más asustado por haber abandonado mis promesas y haber regresado a mis antiguas convicciones de lo que lo estaba ante la mismísima posibilidad de la muerte. Todo eso, sumado al miedo de la tormenta, me tenía sumido en un estado que no puedo describir con palabras. Pero aún no había llegado lo peor: la tormenta continuó con tanta furia que los marineros llegaron a admitir que era la peor que habían visto en

sus vidas. El barco era muy bueno, pero sufría sobrepeso y se bamboleaba tanto con las olas que a cada minuto algún marinero se ponía a gritar que nos estábamos yendo a pique. Gracias a Dios yo no entendía muy bien qué significaba «irse a pique» hasta que pregunté más tarde. La tormenta era tan violenta que vi lo que no suele verse en el oficio: el capitán, el contra maestre y algunos otros más sensibles que el resto rezaban convencidos de que el barco se hundiría de un momento a otro. Para aumentar nuestras desgracias, en mitad de la noche uno de los hombres que había bajado para comprobar si teníamos alguna grieta gritó que efectivamente había una, y otro más gritó que el agua en la bodega superaba el metro de altura. Nos llamaron a todos para que bajáramos a poner en marcha la bomba y sentí que el corazón me dejaba de latir y caí de espaldas sobre la cama en mi camarote, donde estaba sentado. Unos hombres me despertaron y me dijeron que aunque antes no hubiera podido ayudar ahora podía bajar a bombear tan bien como cualquier otro. Me puse de pie rápidamente, bajé hasta donde estaba la bomba y me esforcé con energía. Mientras estábamos en eso, el capitán vio las luces de unos barcos mineros que, al no poder resistir la tormenta, habían tenido que levar anclas y salir al mar. Cuando pasaron a nuestro lado, el capitán ordenó disparar un cañonazo en señal de socorro. Como yo no sabía qué significaba todo aquello, me sorprendí tanto que pensé que el barco se había quebrado o que había ocurrido algo catastrófico. En otras palabras, estaba tan sorprendido que me desmayé. Como era una emergencia en la que cada uno estaba preocupado por su propia vida, nadie se preocupó por la mía y un hombre que bajó hasta la bomba me apartó con el pie y me dejó allí tirado porque me creía muerto. Pasó un buen rato hasta que recuperé la conciencia.

Continuamos nuestro trabajo en la bomba pero el agua de la bodega seguía subiendo y todo indicaba que el barco iba a hundirse. A pesar de que la tormenta había comenza-

do a amainar, habría sido imposible mantenernos a flote hasta llegar a puerto, por lo que el capitán siguió disparando para pedir auxilio. Un barco liviano que se había soltado y que estaba justo frente a nosotros se animó a enviarnos un bote. Se acercó corriendo un gran peligro, pero a nosotros nos resultaba imposible subir y a ellos, mantener el bote a nuestro lado; remaron con todas sus fuerzas arriesgando sus vidas para salvarnos hasta que uno de los nuestros arrojó un cable con una boya a la popa del bote y, tras dar varias vueltas y con gran esfuerzo, pudieron asirlo. Tiramos con fuerza para acercarlos a nuestra popa y por fin logramos subirnos. No tenía sentido regresar a su barco, de modo que acordamos dejarnos llevar por la corriente tratando de mantener el bote paralelo a la costa. Nuestro capitán les prometió que si el bote se rompía al llegar a la orilla los compensaría. De aquel modo, remando a ratos y a ratos dejándonos llevar por la corriente, llevamos el bote hacia el norte, inclinándonos hacia la costa casi hasta llegar a Winterton Ness.

Apenas quince minutos después de abandonar nuestro barco vimos cómo se hundía y entonces comprendí lo que significaba que un barco se fuera a pique. Debo admitir que apenas tuve el valor de levantar los ojos cuando me dijeron que se estaba hundiendo, pues desde el momento en que me subieron al bote (no puedo decir que lo hiciera yo solo) mi corazón se había detenido, en parte por miedo de lo ya vivido y en parte por el terror de lo que pensaba que me aguardaba todavía.

Mientras nos encontrábamos en esta situación —los hombres seguían esforzándose con los remos para mantener el bote cerca de la orilla—, veíamos (cada vez que remontábamos una ola podíamos ver la costa) que en la costa había bastantes personas que corrían por la playa para ayudarnos cuando nos acercáramos. Pero avanzábamos muy despacio y no conseguimos alcanzar la costa hasta que pasamos el faro de Winterton, donde la playa sobresalía